

El jueves pasado, le tocó a este columnista escribir, como defensor, al Jefe del Estado, que la Asociación Costarricense de Librería le donó el libro LOS DIAS DE DON RICARDO, de Eugenio Rodríguez Vega.

Nuestra opinión sobre ese libro —que tenemos oportunidad de leer en capítulos— coincide en la mayoría del volumen. Por eso, hoy quisiera agregar a esa opinión una de los conceptos que expusimos al juzgar, y que nos parecen (y obvia a medida que se va) pertinentes.

Vamos, pues, con ellos.

Los costarricenses padecemos una ignorancia total respecto a nuestra historia. Por lo general, el conocimiento que tenemos de ella se limita a lo que nos enseñaron don Cleto y don Ricardo Jiménez, y en algunos casos a los cuentos de los periodistas (los hombres encontrados) que no tienen la diferencia entre José María Costa y Juan María Fernández.

En gran parte, la historia de Costa Rica está por escribirse. Hay abundante bibliografía sobre los días de la Independencia, sobre la Guerra Civil, sobre algunas de nuestras heroínas. Pero perdura en tiempo quien tiene de hacer un libro sobre el problema de los indios —tan trascendental— sobre el de Próspero Fernández, sobre las cosas que ocurrieron entre Carrillo y Castro, o sobre algunos aspectos del siglo XX.

Porque de todo esto, la Historia que hay escrita (sobre los textos escolares, los libros de texto, etc.), es historia erudita, académica, para eruditos y manuales, que el lector común o apenas precavido encuentra sumamente aburrida.

Por lo general, la historia de Costa Rica la han escrito los investigadores y los hombres de letras —(Presten clara, estas excepciones como Fernández Guardia, que reúne las dos condiciones).

Por eso telegrafamos en 1936 la aparición de "El General Moravia" de Barrantes, y en 1963 la de "Dr. José María Montenegro" de Carlos Meléndez (cabe decir, de un historiador profesional) y ahora la del libro de Rodríguez Vega. Por supuesto, tres obras escritas para el lector medio, donde éste pueda enterarse de cosas que pasan en los libreritos de la erudición.

Muy bien están los libros eruditos de historia. Son indispensables. Son valiosos. Son las fuentes que se consultarán en el futuro.

Pero nos han hecho falta los otros, los que podríamos llamar divulgativos, populares, o simplemente populares, empleando los tres adjetivos en sus acepciones más nobles. Esos libros que, siendo historia, son una buena manera para que cualquier tipo de lector, y que por esa razón es que tienen el valor que venimos atribuyendo.

Libros así, son y sería los que darán a los costarricenses la conciencia plena de su propia historia, porque hacen que la historia deje de ser cosa heroica y poética. Cuando todos los lectores costarricenses tengan ese acceso fácil a los hechos y personajes históricos, mucho se habrá avanzado en ese campo.

Mejor cuando tres libros que tienen ese sentido popularizado sin poder decirse así. Cuando Hernán G. Peralta termina su biografía de Yglesias, tendremos el cuarto.

Bien. Tiene Eugenio Rodríguez Vega el mérito de haber escrito un libro útil y crítico sobre una época, en torno a la cual se le ha escrito hasta la fecha casi siempre apologetico y nostálgico. A don Ricardo Jiménez (como a don Cleto) le ha abierto el proceso de canonización, y la verdad es que a estas alturas, el costo

RODRIGUEZ VEGA, EUGENIO, *Los días de don Ricardo Jiménez*, San José, Editorial Costa Rica, 1971, pp. 188.

El jueves pasado, le tocó a este columnista asistir, como defensor, al Juicio Oral y Público que la Asociación Costarricense de Filosofía le abrió al libro LOS DIAS DE DON RICARDO, de Eugenio Rodríguez Vega.

Nuestra opinión sobre ese libro —que tuvimos oportunidad de leer en manuscrito— consta en la solapa del volumen. Por eso, hoy quisiéramos agregar a esa opinión, algunos de los conceptos que expusimos el jueves, y que nos parecen (y ojalá a ustedes también) pertinentes.

Vamos, pues, con ellos.

Los costarricenses padecemos una ignorancia casi total respecto a nuestra historia. Por lo general, algo sabemos de la Guerra contra los Filibusteros, y que existieron don Cleto y don Ricardo. Lo demás es terra incógnita, y es incluso posible encontrar periodistas (los hemos encontrado) que no saben la diferencia entre Juan Rafael Mora y Juan Mora Fernández.

En gran parte, la historia de Costa Rica está por escribirse. Hay abundante bibliografía sobre los días de la Independencia, sobre la Guerra del 56, sobre algunos otros hechos. Pero perderá su tiempo quien trate de buscar un libro sobre el gobierno de Soto —tan trascendental— sobre el de Próspero Fernández, sobre los años que transcurrieron entre Carrillo y Castro, o sobre algunos aspectos del Siglo XX.

Encima de todo esto, la Historia que hay escrita (salvo los textos escolares elementales), es historia erudita, académica, para eruditos y estudiosos, que el lector medio o apenas preocupado encuentra sumamente aburrida.

Por lo general, la historia de Costa Rica la han escrito los investigadores y no los hombres de letras. (Existen claro, esas excepciones como Fernández Guardia que reunía las dos condiciones).

Por eso celebramos en 1936 la aparición de "El General Morazán" de Enrique Guier, y en 1968 la de "Dr. José María Montealegre" de Carlos Meléndez (obra, esta sí, de un historiador profesional) y ahora la del libro de Rodríguez Vega. Porque son tres obras escritas para el lector medio, donde éste puede enterarse de cosas sin perderse en los laberintos de la erudición.

Muy bien están los libros eruditos de historia. Son indispensables. Son valiosísimos. Son las fuentes que se consultarán en el futuro.

Pero nos han hecho falta los otros: los que podríamos llamar divulgativos, vulgarizadores, o simplemente populares, empleando los tres adjetivos en sus acepciones más nobles. Esos libros que, siendo historia, son literatura amena apta para cualquier tipo de lector, y que por esa razón es que tienen el valor que veníamos atribuyéndoles.

Libros así, son y serán los que darán a los costarricenses la conciencia plena de su propia historia, porque hacen que la historia deje de ser cosa hermética y prohibitiva. Cuando todos los lectores costarricenses tengan ese acceso fácil a los hechos y personajes históricos, mucho se habrá avanzado en ese campo.

Hemos citado tres libros que tienen ese sentido popularizador sin perder dignidad. Cuando Hernán G. Peralta termina su biografía de Yglesias, tendremos el cuarto.

Bien. Tiene Eugenio Rodríguez Vega el mérito de haber escrito un libro amable y crítico sobre una época, en torno a la cual lo que se ha escrito hasta la fecha es casi siempre apologético y nostálgico. A don Ricardo Jiménez (como a don Cleto) se le ha abierto proceso de canonización, y la verdad es que a estas alturas, el costa-

rricense, que no vivió cuando ellos vivieron, no sabe con justeza quienes fueron esos dos próceres, o que significó cada uno. Junto al don Ricardo de Rodríguez Vega, tendremos algún día un don Cleto.

No es ésta una estricta biografía del gran repúblico y político. Es una reseña de la época intelectual, política y socialmente dominada por él, y de las cosas que durante esa época sucedieron. Es más: hay momentos en que estos dos personajes parecen robarse el primer plano del libro, como si el autor quisiera señalarnos que, siendo menos conspicuas, podrían considerarse como más trascendentes: Alfredo González y Jorge Volio, a quienes Rodríguez Vega dedica capítulos de estudio que son de lo mejor que tiene el libro.

Eugenio Rodríguez Vega es estupendo escritor y hombre muy culto, sin ser su especialidad la historia. Sin embargo, se mueve dentro de ella con soltura, porque tiene perspicacia, capacidad interpretativa, y don de presentar las cosas y a los hombres con claridad. Esto revela la importancia del libro. De él, emerge don Ricardo lleno de vida, contradictorio, siempre brillante, una personalidad dominante y señera, no tan olímpica y soberbia como algunos pretenden, pero una figura imponente.

Todo esto está presentado de manera que cualquier lector lo siga, se apasione y se interese, dentro de la mejor técnica literaria, con sabrosos apuntes de perfil psicológico y sociológico. El libro nos da una época y un hombre. Nos da otros hombres también, pero nos da a don Ricardo. Y nos lo da a todos: a los eruditos y a los que no lo somos: al lector medio en fin; a los costarricenses todos, que necesitamos que nos digan muchas cosas, y ahora nos han dicho por fin quién fue don Ricardo Jiménez.

Alberto F. Cañas

HERRA, RAFAEL ANGEL: *Sartre y los Prolegómenos de la Antropología*, junio, de Costa Rica, 1969.

Ya el lector conoce —porque todos los periódicos lo han contado— el señalado triunfo que a escala centroamericana ha obtenido Rafael Angel Herra, al serle adjudicado el premio centroamericano a la mejor tesis de graduación universitaria, por su trabajo SARTRE Y LOS PROLEGOMENOS DE LA ANTROPOLOGIA.

Esta tesis ha sido publicada por la Universidad de Costa Rica, en un libro de regular longitud y plagado de errores de imprenta; y quien lo lea coincidirá con los jurados en afirmar que se trata de un trabajo excepcional, por su profundidad, por la rigurosidad de su método, y por el dominio que el autor demuestra de su tema, y de los procedimientos de exposición.

Conviene indicar aquí, de una vez, que no se trata de una vulgarización de las doctrinas filosóficas del existencialista francés, ni de una explicación de ellas para uso del público corriente. Al contrario: se trata de una obra de complicada y difícil lectura, de un estudio de fondo sobre Sartre, y principalmente, sobre uno de los aspectos principales de su pensamiento.

Es posible que la clave (o una de las claves) del libro de Herra, se encuentre en el prólogo de Constantino Láscaris, en el cual se queja —con el sabroso estilo que le caracteriza— de que las ciencias se han ido apartando paulatinamente de la filosofía, y que cuanto más se apartan menos ciencia son.

El aspecto de la filosofía de Sartre a que más importancia da Herra, es aquél (muy notable sobre todo en sus primeras obras) que constituye un empeño para dar una base filosófica sólida a la Psicología (y por ende a la Antropología); por aplicar el método filosófico a la investigación de la personalidad humana.

Recorre Herra toda la obra del filósofo francés: no sólo la filosófica, sino también la literaria (novela y principalmente teatro) y aun la periodística, en una investigación incesante, impaciente a veces, en ocasiones diríamos que casi desesperada por su tenacidad, pero que logra el milagro —no por muchos autores conseguido— de dar una visión integral, sólida y redonda, del pensamiento del filósofo estudiado.

Es importante este libro, porque Sartre ha sido objeto de toda clase de malas interpretaciones y vulgarizaciones al alcance de los niños. Llegó un momento en que bastaba que un individuo se dejara crecer el pelo y vistiera un sweater negro, para que se le identificara como existencialista y sartreano (prodigios de la comunicación en masa). De aquí salió, para el vulgo, una imagen distorsionada de Jean-Paul Sartre, muy difícil, claro está, de borrar.

Repetimos que "Sartre y los Prolegómenos de la Antropología" no es una vulgata ni una iniciación al pensamiento sartreano. Esta iniciación la podrá encontrar el lector curioso en el magnífico ensayo que sobre el tema incluyó Teodoro Olarte en su libro, "Filosofía Actual y Humanismo", artículo riguroso pero escrito, en general, para estudiantes y aun para legos.

Lo de Herra es menos accesible. El premio que ha recibido indica, mejor de lo que pueden expresarlo estas líneas de lego, que se trata de una obra importantísima y de una contribución a los estudios filosóficos contemporáneos, de que los costarricenses podemos sentirnos orgullosos.

Alberto F. Cañas

CARLOS MELENDEZ CHAVERRI: *La Ilustración en el Antiguo Reino de Guatemala...*

1ª ed. San José, C.R., Editorial Universitaria Centroamericana, 1970. Rúst. 218 págs. 17 x 12 1/2 cms. Distribuye EDUCA.

Pretendemos en las siguientes líneas reseñar una obra recientemente publicada por la EDITORIAL UNIVERSITARIA CENTROAMERICANA (EDUCA) sobre un tema que hasta el momento no había sido suficientemente escudriñado, no sólo en cuanto a los hechos mismos, sino que también (y que desde nuestro punto de vista es lo más importante), la trascendencia que tales acontecimientos tuvieron en el desarrollo histórico de Centroamérica. En un nuevo libro del destacado historiador costarricense Carlos Meléndez Chaverri, Catedrático Asociado del Departamento de Historia y Geografía de la Universidad de Costa Rica y Presidente de la Academia Costarricense de Geografía e Historia. El autor desde luego que no necesita ninguna presentación, ya que es ampliamente conocido en el ámbito de la historiografía centroamericana, a la cual ha dado importantes aportes que han merecido el reconocimiento en certámenes patrocinados por instituciones culturales del país y del exterior. Tal es el caso de sus investigaciones sobre el Presbítero José Matías Delgado y sobre Juan Vázquez de Coronado. La labor historiográfica de Meléndez Chaverri se caracteriza por lo riguroso del método, su objetividad y profundidad en los juicios. Con extraordinaria habilidad logra entresacar del cúmulo de datos las grandes líneas históricas de la época o del personaje.

La obra sobre la *Ilustración en el Antiguo Reino de Guatemala*, obtuvo el primer premio en el Certamen Cultural patrocinado por el CONSEJO SUPERIOR DE UNIVERSIDADES CENTROAMERICANAS en 1969.

La idea fundamental del trabajo, que por otra parte compartimos plenamente, es la de señalar cómo el proceso emancipador centroamericano hunde sus raíces muy profundamente en el movimiento intelectual que acaparó el interés de los centroamericanos cultos del Siglo XVIII y que se conoce con el nombre de *Ilustración*. Señala el autor en la Presentación:

"Algunos han creído y quizá siguen creyendo, que la Independencia surgió de la noche a la mañana, sin que mediara un período de gestación y maduración. De formación de una conciencia política, social y económica, que determinara su precipitación. Creer eso es muy fácil, por cuanto simplifica las cosas al grado máximo. Pero la verdad es muy otra, y estas páginas tienden en cierto modo a enseñar los prolegómenos de dicha Independencia".

En la Introducción se interesa el autor por modelar un concepto general de la *Ilustración*, su ubicación en el tiempo y en el espacio, y la estrecha relación que existió entre ese movimiento intelectual y la burguesía como clase social.

En el siguiente capítulo Meléndez Chaverri se dedica a la ingente tarea de detectar los primeros síntomas en la Centroamérica de principios del Siglo XVIII. Labor difícil por razón de que todavía en ese momento los pocos destellos quedan sepultados o al menos encubiertos por el tradicionalismo y el escolasticismo reinantes. Es necesario sacarlos a la superficie y como joyas que han permanecido enterradas por largo tiempo, hay que limpiarlas y pulirlas para que adquieran su legítimo esplendor. El autor va destacando a lo largo de las páginas de este capítulo a todos aquellos funcionarios, prelados, clérigos y demás miembros de la minoría culta, que deben ser considerados como los precursores de la *Ilustración en el Antiguo Reino de Guatemala*.

La difusión que tuvo este movimiento en la segunda mitad del Siglo XVIII se debió en gran parte a la labor realizada por algunas instituciones como la Universidad de San Carlos de Borromeo, el Seminario Conciliar de León y la Sociedad Económica de Amigos del País. Además, el espíritu renovado de que estuvieron animados algunos de los Capitanes Generales, Gobernadores de Provincia y Prelados, ayudan a comprender mejor el fenómeno.

Las transformaciones que en lo político, económico, social y cultural se llevaron a cabo a la luz de las nuevas ideas, son la muestra más patente de lo hondo que éstas calaron.

Chester J. Zelaya Goodman

FRANCISCO VAZQUEZ: *Pensamiento filosófico español en 1970*, (descripción y recuento).

Una sinopsis y una selección constituyen el objeto de este ensayo, a tono con las exigencias culturales de La ESTAFETA LITERARIA. Que nadie se ofenda si su nombre no aparece o si sus escritos no han sido tenidos en cuenta, porque la selección y la sinopsis están realizadas en función de un criterio simple: pasar revista a los escritos filosófico-culturales de los que tengo noticia directa.

AUTORES Y TEMAS

Como valoración blobal, ha terminado un año con escasas publicaciones filosóficas; pero, ciertamente, podemos subrayar algunas que ofrecen un relieve y una actualidad selectas. *Antropología metafísica* (Julián Marías), *Génesis y evolución de la ética platónica* (José Vives), *Filosofía española contemporánea* (Alfonso López Quintás), *Psicología profunda y ética* (Francisco y Antonio Vázquez), *Hombre y dialéctica en el marxismo-leninismo* (Carlos Díaz), *Teoría de las ideologías* (Eugenio Triás), *Mito. Semántica y realidad* (Luis Cencillo), *Marxismo y positivismo lógico* (Antonio Hernández Gil), *Naturaleza del saber* (Castilla del Pino), *Filosofía y lenguaje* (Emilio Lledó), *Lógica de primer orden* (Jesús Mosterín), *El joven Unamuno* (Manuel Pizán) etcétera. La temática es polivalente y en torno a problemas que inciden sobre el centro de la persona humana. Es buen índice, dentro de la filosofía,

arrancar del hombre y preguntar desde él en todas las cuestiones básicas. Nuestro país está urgido por una fuerte *corriente personalista*. Este giro que se observa en las mentes de los pensadores españoles es prometedor. El esfuerzo por romper con una vieja temática de repeticiones formalísticas, es ya una conquista de largo alcance.

VALORACION Y PUNTUALIZACIONES

Para Julián Marías la filosofía es un quehacer constante e ininterrumpido. Cada año de aquí y allá (en España y América) docenas de conferencias sobre una diversificada gama de problemas, y, cada uno, nos sorprende con algún nuevo libro. Su reflexión, densa y multivalente, se aúna o recopila en una obra; su obra unificada de muchas horas de discurso mental y hablado. Este libro es la descarga filosófica de veinte años de pensamiento, nos advierte Marías, pero lo escribió en sólo dieciséis meses. Madurez reposada y expresión fulgurante, son en este libro, como en todas las obras de nuestro autor, los componentes que lo definen. Justifica su título, dado que la vida como «realidad radical» ostenta un rango metafísico —teoría orteguiana, que traduce Marías por «estructura empírica de la vida humana»—, de ahí que la Antropología sea *metafísica*. Todos son destellos de inteligencia y acertadas expresiones literarias los valores que amparan este libro. ¿Es realmente una Antropología metafísica, o queda reducida a una Antropología literaria? A mi leal entender hay mucho de filosofía en esta obra de Marías, pero demasiadas veces el juego de palabras y las fáciles metáforas literarias nublan hondas calidades de pensamiento reflexivo que alienta en nuestro autor. En su filosofía se observa un déficit de «espíritu de seriedad», que les sobra a muchos filósofos. Este libro, honrado es declararlo solemnemente, aporta conceptos fundamentales para el estudio del hombre: formas de instalación, la estructura vectorial de la vida humana, la condición sexuada, el tiempo humano, la mortalidad humana, muerte y proyecto.

El rigor del filólogo y el corte clásico del filósofo que investiga en forma de estudio histórico-crítico, son los atributos que le asisten a José Vives. Esta obra pertenece a un estilo de pensar contrario al de Marías. Cabría decir que Vives «analiza» y que Marías «crea». Lo cierto es que Vives aporta a la Historia de la filosofía antigua un copítulo importante: *Génesis y evolución de la ética platónica*.

Ha acertado López Quintás al ordenar el material que integra la panorámica de la Filosofía española contemporánea: conocimiento y realidad, el acceso al ser, el ser humano, la experiencia estética, lógica y filosofía de las ciencias, notas informativas. Dentro de esos oceánicos registros fue colocando autores y autores. Es un libro útil por informativo, y sintomático por su doctrina. Muchos autores han cuidado ellos mismos de elaborar el resumen de su propio pensamiento, y ello avala la fidelidad del contenido; y todos han proporcionado personalmente los datos bibliográficos, lo cual descarga a López Quintás de responsabilidades y susceptibilidades. Pero confiesa el autor que su propósito se reduce a *informar*, y no a valorar. Estimo que ha cumplido eminentemente su cometido, y estoy en desacuerdo —aunque me duelen ciertas ausencias— con los que han emprendido una polémica malintencionada en el diario *Madrid*. Cada obra informativa hay que conceptuarla dentro de los límites que el autor se asigna. Que vengan nuevos investigadores a ampliarla, obedeciendo a diferentes criterios.

El intento de mi hermano Antonio y mío —perdóneseme el que incluya mi autocrítica— podría resumirse así: 1) Desvanecer el confusionismo reinante a la hora de interpretar la psicología del inconsciente en Jung y en Freud. 2) Delimitar los campos que pertenecen a uno y a otro, en forma de distintos «modelos» de que hacen uso. 3) Valorar las aportaciones positivas y los prejuicios que invalidan a veces sus análisis clínicos. 4) Fundar una ética sobre los postulados de una psicología profunda o del inconsciente humano. Quiero dejar constancia de que la obra, que estudia a Freud y a Jung en función de «modelos» de interpretación, deja muchas cosas im-

plícitas. Pronto saldrá a luz un *Estudio crítico de Jung* que pondrá al descubierto lo que aquí aparece encubierto por enigmas.

El vigor intelectual del joven filósofo Carlos Díaz está ya bien demostrado. Su libro *El personalismo obrero de Mounier* ha conquistado simpatías entre la juventud universitaria española. En la presente obra hace gala de una capacidad admirable de síntesis y de clarificación de ideas. Con un riguroso resorte bibliográfico, elabora conceptos y precisa soluciones críticas de pensador fino y bien dotado.

Otro joven filósofo, conocido ya entre los pensadores de hoy, es Eugenio Trías. Aventura juicios y remata conclusiones con un aplomo de pensador maduro. Personalmente no suscribo muchos de sus conceptos básicos, pero estimo en su justo valor las dotes de pensador que le asisten. Se muestra tendencioso y apasionado al querer encontrar una total coherencia del marxismo en la teoría de las ideologías. Y Marx entiende por ideología la relación imaginaria de los individuos, con sus condiciones reales de existencia. Las demarcaciones de lo verdadero y de lo falso, de lo bueno y de lo malo, no le afectan a la ideología. Como nuestro autor (lo confiesa valientemente) pretende *irritar*, quiere ser fiel al espíritu y a la letra de Marx y, al mismo tiempo, romper con el marxismo tradicional. Esto explica su actitud apasionada y polémica.

El empuje intelectual de Luis Cencillo es, en los últimos años, el que marca una huella más sólida y con temas más universales dentro del pensamiento filosófico español. Esta obra constituye una empresa gigantesca, que comprende muchos años de elaboración y acopio de materiales, con destacados valores dentro del ámbito universal de la filosofía. Ha clasificado los mitos y los estudia conforme a las demarcaciones en que surgen y se expresan. Hasta la obra de Cencillo, el tema del «Mito» era tratado ambiguamente, y después de ella las fronteras de interpretación han quedado firmemente deslindadas. Creación y valoración crítica son la médula de esta obra. Teólogo, filósofo, filólogo y antropólogo constituyen la armonía diversificada de la personalidad de Cencillo, y en esta obra han dado un rendimiento al máximo.

Incluimos en la lista la obra de Hernández Gil. La actitud crítica es la tónica de la obra. Y Hernández Gil gana en ella una alta categoría de pensador. Puntualiza con sagaz penetración cómo el marxismo ha realizado una extraña aleación entre materialismo e idealismo filosófico y político. Lo «materializa» todo, menos —extraño proceder— su propio sistema y doctrina. De ahí que exista una escandalosa contradicción: se propone destruir el Derecho como *normatividad*, y el socialismo soviético se escuda tras un derecho de máxima inflexibilidad normativa. Y, en otro orden, acomete con feliz interpretación el estudio del uso que hace el jurista de reglas paralogógicas y extralogógicas: su actuación correcta debe ser siempre racional, pero no incluye necesariamente el ser lógica. La semiótica —ciencia de la información y de los signos— ofrece a lo jurídico un margen amplio para el «logos de lo razonable», que propugna Recaséns Siches.

Con su característico tono polemizador aborda en esta conferencia Castilla del Pino cuáles son los derrotados que sigue el saber en España. Pesimismo y acritud son las notas de sus análisis. Con talento, pero con amargura.

A Emilio Lledó le resulta fácil acceder a la filosofía desde la lingüística. Y en esta obra descubre los vínculos internos más esenciales que entroncan la filosofía y el lenguaje. En diálogo con los pensadores de hoy, ha elaborado su libro, cargado de síntesis logradas y clarividentes.

Con el propósito de que fuera un libro de texto, Jesús Mosterín nos ofrece su obra. Definiciones, pruebas resueltas, fórmulas y técnica de *lógica matemática* forman la trama de este compendio universitario. Es indiscutible el buen servicio que presta a quienes tienen que iniciarse en la tarea de la lógica moderna o del neopositivismo lógico.

A Manuel Pizán le agrada el espíritu unamuniano en su vertiente más virulenta y combativa. Por eso escribe esta obra sobre las bases hegeliano-marxistas del joven Unamuno. Con su pulcro estilo de periodista «sensacionaliza» al máximo las virtudes polémicas de Unamuno y descubre su propia alma —la de Pizán— de derribador de mitos e ídolos. Le considero presuntuoso y osado.

UN PUENTE CRITICO

Nuestro recuento ha pretendido ser de una fidelidad limpia y serena con el texto (letra) y pensamiento (espíritu) de cada autor. Nos satisface que estas obras encierren calidades de cierta excepción, cuando el mundo contemporáneo mira la filosofía bajo el escéptico prisma que le presta la «praxis». La tecnocracia va sustituyendo el valor del filosofar como esencia de la razón del hombre. Y hoy llamarse uno filósofo irrita a los hombres llamados de «ciencia», porque ellos han encontrado el secreto de transformar el mundo. Y, sin embargo —para dicha de los humanos que quieren interpretar los enigmas de la existencia humana, aunque sea a costa de la «funesta manía de pensar»—, existen en nuestro país obras de pensamiento puro y de ideas limpias de utilidad material. Y el mundo interpretado, nos agrade o nos moleste, ha sido por ello racionalmente transformado, porque el pensamiento es acción transformante a nivel planetario.

Francisco Vázquez

La Estafeta Literaria, N° 460 (Madrid, 15 enero 1971).



DIOGÈNE

Revue internationale des sciences humaines

Depuis 1952, trois éditions parallèles de *Diogène* sont publiées simultanément en anglais, en espagnol et en français, sous les auspices du Conseil international de la philosophie et des sciences humaines et avec l'aide de l'Unesco.

Les textes suivants ont paru dans les huit numéros de *Diogène* publiés depuis le n° 60 dont faisait état le Bulletin 1966-1967 :

N° 61 (janvier-mars 1968)

Ruggiero Romano : Paysage et société

Martin Palmaers : La technique de la civilisation rationnelle

Salo W. Baron : Héritage médiéval et réalités modernes dans les relations entre juifs et protestants

Tadeusz Kowzan : Le signe au théâtre. Introduction à la sémiologie de l'art du spectacle

Chroniques

Francesco Pellizzi : Ethnomusicologie et radio-télévision

B. Holas : Le sacré dans la vie sociale : l'exemple sénoufo

N° 62 (avril-juin 1968)

Alfred Sauvy : Information des machines et informations des hommes — Sorciers et technocrates

Laura Makarius : Les tabous du forgeron. De l'homme du fer à homme du sang

Eric LaGuardia : Une esthétique de l'analogie

Adam Schaff : Marx et l'humanisme contemporain

Jean Chesneaux : Les traditions égalitaires et utopiques en Orient

Chronique

David T. Wieck : L'homme et la violence

N° 63 (juillet-septembre 1968)

Pierre Kende : Libertés et contraintes de la société productiviste

Jan Kochanowski : Tsiganes noirs, tsiganes blancs

Eugène Faucher : Instincts et poésie

Vladimir V. Mshvéniéradzé : Les bases objectives de la méthode scientifique

Chroniques

- Milic Capek : La deuxième révolution scientifique
 Basil Davidson : Un mécanisme de contrôle social

N° 64 (*octobre-décembre 1968*)

NOUVELLE ACTUALITÉ DU MARXISME

- Theodor W. Adorno : Marx est-il dépassé ?
 Herbert Marcuse : Réexamen du concept de révolution
 Jean Hyppolite : Le « scientifique » et l' « idéologique » dans une perspective marxiste
 Eric J. Hobsbawm : L'apport de Karl Marx à l'historiographie
 Maxime Rodinson : Sociologie marxiste et idéologie marxiste
 Anouar Abdel-Malek : Marxisme et sociologie des civilisations
 Abdallah Laroui : L'intellectuel du Tiers Monde et Marx ou encore une fois le problème du retard historique
 Kostas Papaioannou : Les « producteurs associés ». Dictature, prolétariat, socialisme
 Robert C. Tucker : Marx et la fin de l'histoire

N° 65 (*janvier-mars 1969*)

- Eduardo Gonzalez Lanuza : L'audace dans l'art contemporain
 Raymond Melka : L'exactitude horaire
 André Doremus : Note sur la cohérence du phénomène américain
 Francesco Pellizzi : Sorciers et revenants
 John R. Richardson : Un mythe de la critique moderne : le cubisme et la quatrième dimension

Chronique

- Thomas J. Cottle : Le « jeu » du temps et de l'argent

N° 66 (*avril-juin 1969*)

- Roland N. Stromberg : Y a-t-il une leçon de l'histoire ?
 Henri Wald : Structure, structural, structuralisme
 James W. Daley : L'immoralité de la morale
 Vishwanath Prasad Varma : Tradition et modernisme. Etude du cas d'un village du Bihar
 Jack J. Spector : Les méthodes de la critique d'art et la psychanalyse freudienne

Chroniques

- Wladimir Weidlé : Art et langage
 Pierre Bernard : L'avenir de la culture

N° 67 (*juillet-septembre 1969*)

- Walter Adams : L'économie, la politique et l'esprit public
 Lorand Gaspar : Science et poésie
 Bronislaw Baczko : La responsabilité morale de l'historien
 Richard D. Chessick : La psychiatrie peut-elle orienter la philosophie moderne ?
 George T. Noszlopy : L'embourgeoisement de l'art d'avant-garde

Chronique

Joseph Ki-Zerbo : Une source de l'histoire de l'Afrique : la tradition orale

N° 68 (octobre-décembre 1969)

COMMUNICATION ET CULTURE DE MASSE

Raoul Ergmann : Le miroir en miettes

René Berger : Une aventure de Pygmalion

Ulrich Saxer : Actualité et publicité

Edmond Radar : Les manifestations de la mode

Joseph Bensman et Robert Lilienfeld : L'attitude journalistique

Chronique

Mason Griff : La publicité, institution centrale de la société de masse

Rolf Meyersohn : Les moyens d'information modernes et la sociologie : un dilemme